

Los familiares de las víctimas, derrotados por la angustia, conocieron en el estadio la suerte de sus allegados

Una de las adolescentes heridas no era consciente de lo ocurrido, pese a que participó en el rescate de sus amigos

## «Mi hijo está bien, mi mujer está muerta»

A. DE LAS HERAS/D. GUADILLA SORIA

Trece era el número de la buena suerte. Trece eran los heridos en el accidente de Golmayo. No figurar en esa lista de trece significaba estar muerto. Por eso, cuando leyeron el último nombre de la lista, el tiempo se detuvo en el estadio Los Pajaritos. Fue un instante tremendo que al obispo de Osma-Soria, Francisco Pérez, le pareció inacabable, toda una eternidad. «Fue impresionante. La gente se dio cuenta en ese momento de que sus hijos habían fallecido», relató, movido por la compasión. «Nunca he vivido nada igual».

Decenas de familiares viajaron desde Viladecans y Ripollet hasta Soria durante la madrugada del viernes sin saber qué adolescentes habían sobrevivido, martilleados durante horas por boletines radiofónicos pródigos en detalles, parques en nombres. Llegaban al estadio de fútbol derrotados por la angustia y, con un pie fuera del autocar, se fundían en abrazos o prorrumpan en lloros y gritos teñidos de solidaridad. Porque hasta ese momento, durante cientos de kilómetros de autopista, en la monótona penumbra del autobús, habían compartido el mismo dolor. Como si se tratara de un solo muerto.

En Los Pajaritos se encontraron con 27 cuerpos y se desmoronaron. El primer grupo de familiares llegó al estadio sobre las 2.00. El tercero, pasadas las 4.00. La iluminación artificial reverberaba en la noche y confería a las gradas vacías un aspecto fantasmagórico. Los cadáveres yacían en una dependencia, envueltos en sudarios blancos. Sobre el césped habían colocado sillas para los aturridos parientes, que tenían que identificar a niños en ocasiones destrozados por la violencia de la colisión. Una madre joven, rubia, con coleta, leyó en los semblantes de la gente nada más pisar el campo de fútbol y exclamó: «¡No! ¡Están todos muertos!».

Lo más extraño es que todo estaba previsto, calculado, en medio del inmenso dolor: los psicólogos y sacerdotes, prestos a consolar a los deudos; las UVI móviles, en los alrededores, para atender eventuales desmayos; incluso aterrizó un helicóptero en el campo por si era necesario trasladar urgentemente a alguien. A medianoche, el ministro Juan Posada, el presi-

«¡Me han arrancado a mi hija! ¡Dios mío!», gritó una mujer

«Nunca he vivido nada igual», aseguraba el obispo de Osma-Soria

dente de Castilla y León, Juan José Lucas, y el conseller catalán Xavier Pomés ya habían improvisado pésames ante los parientes que se adelantaron al resto, viajando en coches particulares. En aquella burocracia humanitaria se disolvían sus tragedias individuales, bañadas por la luz blanca e irreal del estadio, imposibles de mitigar con las frases de consuelo de voluntarios a quienes no habían visto en su vida. «¡Me han arrancado a mi hija! ¡Dios mío!», gritó una mujer.

### La providencia

Allí se escenificó un drama alrededor de los muertos, que desbordó a los psicólogos y desarboló a los curas; pero también hubo otro alrededor de los vivos. Se percibía en el vestíbulo del hospital del Insalud de Soria, donde asomaban fugazmente los familiares, siempre abatidos, pese a haber sido rozados por la providencia. El tío de Marta Moreno, ingresada con una lesión en el tobillo, relató, desconcertado, que, aunque la adolescente había tomado parte activa en el rescate de sus compañeros, «aún no es consciente de la magnitud del accidente».

A otros chicos atendidos en el centro se les hurtó la información sobre la suerte de sus amigos. Los especialistas creían que no era el mejor momento. Del interior de una de las habitaciones llegaban conversaciones como ésta.

«Ha dormido un poquito», susurraba la madre al marido, al pie de la cama de la hija.

Sonó el teléfono. La niña despertó y entonces se escuchó desde el pasillo:

«Es tu prima ¿Quieres hablar con ella?»

Enrique Villagrasa, bajito, buena gente, caminaba por el vestíbulo muy afectado, pese a que su hijo, el monitor Enric, estaba vivo. Era uno de los 'trece'. ¿No era mo-



APOYO. Una doctora trata de consolar durante el funeral a los padres de una de las víctimas.

tivo suficiente para suspirar de alivio?

«Mi hijo está bien, pero mi mujer está muerta», reveló, en un susurro.

El hombre rompió a llorar, debatiéndose entre el rostro de su hijo y el recuerdo de su esposa Consuelo, profesora jubilada, que se perdía por los recovecos del estadio de fútbol. Pensaba en los nombres de la lista, en el obispo conteniéndose, en los psicólogos muy encima de los padres... En la extraña luz y las tribunas vacías.

«He dejado a mi mujer», confesó Enrique, enjugándose las lágrimas. Serían las nueve de la mañana cuando se despidió.

El manual de catástrofes dice que una víctima no sufre de inmediato los efectos del trauma, sino un bloqueo inicial. Los psicólogos advertían ayer que, aunque pareciera que están bien, no lo están.

«¿Quieres hablar con tu prima?».

«Dáme el teléfono, mare».



Dos parientes se abrazan entre sollozos.